

EL POETA, VERBO DE LOS HOMBRES

EN TEXTOS DE LEONARDO CASTELLANI

*Prof. Lic. Liliana B. Pinciroli de Caratti
San Rafael (Argentina)*

Es conocido el episodio de la vida de Esopo que relata cómo un día, habiendo sido enviado por su amo a comprar al mercado lo mejor que encontrara para preparar un banquete, el fabulista eligió llevarle lengua. Y, enviado luego a buscar lo peor que hallara, compró nuevamente lengua. Interrogado por esta elección, Esopo explicó que la lengua era el don mayor dado por los dioses a los hombres, pues con ella podían expresarse las ideas más altas, los encomios a los héroes, las alabanzas divinas. Pero igualmente la lengua era para el hombre el peor de los males cuando la utilizaba para el engaño, la maledicencia, la calumnia, la falsedad, la blasfemia.

Enseñanza esópica sumamente actual, cabría al hombre contemporáneo la reflexión acerca del uso del lenguaje, no en tanto «usuario» que se vale de ella como de una herramienta para conseguir sus fines —si atendemos a la letra de los contenidos curriculares vigentes hasta hoy en todos los niveles educacionales—, sino en tanto facultad humana que muestra bien a las claras el contenido mental de hablante.

Cuando René Guénon señalaba en el año 1926 la decadencia intelectual de la sociedad moderna occidental en proporción directa a su desarrollo material¹, indicaba que en el lenguaje del hombre moderno se manifiesta esa decadencia, ya que «el lenguaje representa el estado de las mentes». No es difícil entonces dar el diagnóstico del estado mental de nuestra sociedad actual por el uso que hace del lenguaje. Por su parte, el crítico chileno José Miguel Ibáñez Langlois al ocuparse de la declinación inexorable del hábito de la lectura, sostenía: «El pensamiento se da siempre en el interior de la

¹ RENÉ GUÉNON, *Símbolos fundamentales de la ciencia sagrada*, EUDEBA, Buenos Aires 1988³, 3.

palabra. Cuando un alumno dice: “Lo sé, pero no sé expresarlo”, es que no lo sabe, o lo sabe con un pensamiento germinal y confuso².

En una sociedad interesada en el progreso material y despreocupada del auténtico progreso cultural la palabra tiene un valor meramente instrumental: basta con que alcance para pedir y satisfacer las necesidades básicas o las creadas por las leyes del consumo. Es un medio de intercambio, un código, un sistema de signos. Se nos exige respetar todos los registros lingüísticos como igualmente válidos si son eficaces para lograr propósitos. Es señal de adquisición de la competencia comunicativa el saber producir discursos eficaces.

No fue, sin embargo así en los inicios. La humanidad ha recorrido un largo camino de bajada de la modernidad a esta parte. Decía Guénon: «La civilización moderna aparece en la historia como una verdadera anomalía: de todas las que conocemos, es la única que se haya desarrollado en un sentido puramente material, la única también que no se apoye en ningún principio de orden superior. Este desarrollo material, que continúa desde hace ya varios siglos y que va acelerándose de más en más, ha sido acompañado de una regresión intelectual, que ese desarrollo es harto incapaz de compensar³. Continúa su análisis señalando que aun cuando hoy existen los intelectuales, se ha perdido el sentido de la intelectualidad verdadera por vía del racionalismo y del sentimentalismo, pues a una razón autosuficiente e hipertrofiada le sigue como corolario un sentimentalismo que busca por debajo y no por encima de la razón, por vía del subconsciente o de la realidad sensible.

Leonardo Castellani coincide en indicar que el desvío de la inteligencia moderna sigue dos tendencias: el racionalismo o el pseudo misticismo, lo que no es otra cosa que el «pecado de Adán» repetido y repetido por las generaciones de los hombres cuando se apartan del «buen conocer»: «El buen conocer en el hombre consiste en el humilde, trabajoso y limitado discurso abstractivo, completado por la revelación divina, mucho más espléndida ésta por su alcance y objeto, pero humillante al entendimiento

² JOSÉ MIGUEL IBÁÑEZ LANGLOIS, *Introducción a la literatura*, Editorial Universitaria, Santiago de Chile 1982, 19.

³ RENÉ GUÉNON, *Símbolos fundamentales de la ciencia sagrada*, 3.

(...) El mal conocer del hombre consiste en violentar con orgullo estas dos vías humanas, lo cual da dos aberraciones ¡ay! demasiado humanas: racionalismo y pseudo mística. El racionalismo, que erige a la mente humana, la más flaca entre las sustancias intelectuales, en suprema medida de toda realidad, y rehúsa admitir nada que en ella no entre de juro; y por otro lado, los diversos ocultismos y falsas místicas o magias que pretenden por medios desviados revelaciones tan fáciles como fallutas. (...) Que esta fue la tentación de Adán lo confirma el hecho de que es ésta la eterna tentación del Hombre, y raíz de todos sus desastres. Por la boca muere el pez, y por la cabeza se pudre el *homo sapiens*⁴.

¿Cómo se comprueba la pudrición del *homo sapiens*? «De la abundancia de corazón habla la boca» dice la Escritura, en palabras de Jesucristo (Mt 12,34), y «lo que sale del hombre, eso es lo que mancha al hombre» (Mc 7,15). Y eso que sale del hombre es su palabra. De manera que ciertamente refleja el lenguaje el estado de las mentes.

En el estado de inocencia edénica, la palabra de Adán tuvo como función –término tan utilizado hoy en que todo debe ser funcional– nombrar la realidad. Recordemos el pasaje bíblico: luego de la creación, Dios lleva ante Adán todos los seres creados para que éste les ponga nombre (Gn 2, 18-20). El nombrar de Adán no fue una simple colocación de rótulos. La creación realizada por el Logos divino no se cerraba en monó-logo, sino que debía ser diá-logo; debía ser nombrada por el hombre para que éste se constituyera en efectivo rey de la creación. El dominio sobre la realidad no lo da el poseerla materialmente, como el contador de estrellas del Principito, sino en el conocimiento de lo que las cosas son. Y sabemos lo que las cosas son cuando podemos nombrarlas.

(De paso, luego de la caída, la lengua de Adán sirvió al doblez y la discordia: enseguida acusó a Eva de su propia falta).

Función primera y principal, por tanto, del lenguaje humano es el nombrar la realidad, es decir, la función referencial, y no la comunicativa, como proclaman desde Saussure hasta hoy las corrientes lingüísticas que

⁴ LEONARDO CASTELLANI, *Conversación y crítica filosófica*, El Ermitaño Urbano, Buenos Aires 1986², 16.

rigen la enseñanza de la lengua en las aulas y funcionan como soporte de la antropología y la sociología en vigencia.

Pero nombrar la realidad significa poder dar cuenta de lo que las cosas son, y no es tan fácil al hombre común reconocer lo que las cosas son. La inteligencia perfecta de Adán pudo conocer las esencias de las cosas, pudo aprehender la realidad en su íntima significación. El hombre moderno vive separado de la realidad, y no hace falta explicar por qué: tan atiborrados estamos de realidades virtuales, mundos artificiales, espacios públicos, no – lugares... No tenemos tiempo para atender a la realidad. Benjamín Benavides, personaje atormentado y complejo de una novela de Castellani, exclama: «¡Ay, yo no he huido la realidad! Mi manera de ir a Dios es no rechazar ninguna realidad. Dios es la Realidad»⁵. Justamente la falta de espiritualidad y trascendencia de nuestro siglo, la intelectualidad rastrera según Guénon, va de la mano de la falta de contacto con la Realidad. Negada la realidad, el hombre cae sin remedio. Como lamenta Fray Mario Petit de Murat: «País desolado la Argentina, nadie la ha visto aún, es tierra de nadie, (...) y nuestros campesinos son hombres sin tierra. Están rodeados de una tierra ubérrima, que quiere brotar de mil maneras y están pensando, ¿qué haré hoy? Y la radio se enciende a las 7 de la mañana para oír una berreada de estupideces, para matar el día, para matar la inmensa oportunidad que es un día; un día que viene cargado de universo y con Dios mismo, Dios abierto de par en par, que no se pudo entregar al hombre más de lo que se entregó»⁶.

La realidad está ahí afuera, esperando que la nombremos, la conozcamos, la asimilemos, porque a su través nos habla el Logos divino que espera entablar su diálogo de amor con los hombres. ¿Y cómo restablecer el contacto con la realidad? El mismo Petit de Murat lo indica: «El niño, la mujer y el artista son los tres nexos que tenemos con la realidad. Atiendan bien al artista, vean no a esos artistas falseados de hoy, donde parece que también ha entrado la moda: mala señal (...) He aquí que la realidad viene como una marea inmensa hacia mí y tengo tres canales y tengo que ser hu-

⁵ LEONARDO CASTELLANI, *Los papeles de Benjamín Benavides*, Buenos Aires, Diccio.

⁶ MARIO JOSÉ PETIT DE MURAT O.P., *Estructura psicológica esencial del hombre*, El Timbó, San Miguel de Tucumán 2008, 48-49.

milde y aceptarlos. Debo conocerme en mis niños, en el estado de la mujer, tengo que conocerme *en el verbo del hombre que es el artista*»⁷.

Se hace evidente que la función que el artista tiene en la sociedad no es menor: debe convertirse en nexo de los hombres con la realidad, porque aunque inmersos en ella todo el día, no todos tenemos la capacidad de percibir lo que las cosas son. Las vemos, pero no las miramos en su verdadera significación. O no las vemos, distraídos como andamos con el barullo del mundo. ¿Pero son concientes los poetas actuales de su rol social? El arte, la poesía, no es un lujo, es una necesidad. Ibáñez Langlois, ante la pregunta ¿para qué leer poesía? Responde⁸ atendiendo a tres aspectos: *el lenguaje, el contenido de humanidad y la forma triunfante*: «Del aprendizaje poético cabe esperar: por el *lenguaje*, una ampliación de nuestras potencias verbales, o sea, un grado superior de conciencia y una más alta organización del mundo perceptivo; por el *contenido de humanidad*, un contacto más profundo con nuestro destino personal y social, es decir, una comprensión privilegiada de la condición humana; y por la *forma*, un rejuvenecimiento de nuestra fuerza creadora y una renovación vital de nuestro ímpetu productor, que se hace luego extensiva a otras actividades humanas». Pero semejante tarea no puede realizarla cualquier texto, sino solo la alta poesía, entendiendo por ella a la que busca ser expresión de la belleza. Si la palabra humana es portadora del Logos divino, la palabra poética es la más adecuada para expresar las más altas realidades. Pocas palabras registra la Escritura que haya pronunciado María, sin embargo hallamos su voz nítida, plena y exultante en el *Magnificat*: para manifestar el estado de su espíritu hubo de componer poesía: el verbo humano alcanza su máximo grado expresivo en el lenguaje poético. Y así los poetas místicos, y el mismo Jesucristo que enseñó en parábolas porque aunque no hay verbo humano que pueda contener la realidad de Dios, el lenguaje poético puede darle humilde albergue.

¡Qué lejos se hallan de esta concepción de la literatura tantos escritores de los últimos tiempos!

Ligada al Logos divino del modo más estrecho, puesto que el mismo Logos se había encarnado en su seno, la voz poética de María legó a los

⁷ MARIO JOSÉ PETIT DE MURAT O.P., *Estructura psicológica esencial del hombre*, 47.

⁸ JOSÉ MIGUEL IBÁÑEZ LANGLOIS, *Introducción a la literatura*, 54-55.

hombres el Magníficat, canto que se eleva hasta el trono de Dios y se une a los coros angélicos para cantar Sus Maravillas: el verbo poético de María es coreado por las generaciones de hombres, su verbo se hizo en verdad verbo del hombre.

Desligado del Logos divino, el poeta del siglo XX ha creado poemas efímeros cuando no dolorosos o desesperados: el grito de agonía que cierra el *Altazor* de Huidobro, poeta que intentó angustiosamente dar con la palabra creadora, hallar el logos exacto para crear, como un pequeño dios, el mundo en su poema, llega al summum de su afán en un lenguaje que es más bien pérdida de la voz, despojo del verbo, deshumanización de la palabra, pues más se parece al rebuzno que a la ansiada y escurridiza palabra demiúrgica:

Arorasía ululacente
 semperiva
 ivarisa tarirá
 campanudio la la lí
 Auriciente auronida
 La la lí
 Io ia
 Iiio
 Ai a i ai a iiii o ia

En esto acaba el verbo humano cuando se aleja de la Fuente.

Pero el verdadero poeta es aquél que tiene la humilde conciencia de que su creación poética nunca será absoluta, sino dependiente siempre de la realidad, una realidad inagotable que está ahí afuera esperando ser nombrada, y ¡ay si no lo hace! Queda la tierra muda, como advierte Petit de Murat: «Las cosas vienen sonriendo y amándonos, vienen a nuestras playas como mareas de delicias buscando que le demos un nombre. Esta Argentina está muda: recorreremos kilómetros y kilómetros sin un verbo humano que pronuncie a la inmensa Argentina (...) Este oasis que nos ha entregado Dios y no encuentra un hombre que le dé nombre, es una pobre esposa desvalida que se casó y no tiene marido»⁹.

⁹ MARIO JOSÉ PETIT DE MURAT O.P., *Estructura psicológica esencial del hombre*, 48.

Igual que Adán en el paraíso, el hombre debe nombrar la realidad que se le viene desde afuera como marea inmensa. La escritura no sólo enseña lo que ocurrió (*sensus litteralis*) sino también lo que debemos hacer (*sensus moralis*).

En cambio, cuando el poeta cumple con su misión, ocurre lo que al zorzalito¹⁰ de Castellani:

«Salió del nido una tarde de verano, dio un revuelo con sus alas todavía un poco inseguras, se sentó en la copa del aguaribay, emitió un silbido agudo que hizo callar atento a todo el monte, y después ensayó un gorjeo y luego un trino que salió lleno y limpio como el viento de la tarde entre las hojas.

Él mismo extrañaba la potencia y agilidad de su garganta. La calandria, para oírlo mejor, voló hasta su rama en silencio. El zorzalito entusiasmado había iniciado una magnífica sinfonía. El zumbido de la brisa, las quejas de las hojas, la orquesta rumorosa del amanecer, el aliento de la noche estrellada, el grito de los árboles bajo el sacudón de la tormenta, todas las hondas impresiones que había recogido en su nido, pasaron a su garganta y se vertieron en el silencio crepuscular convertidos en sonidos tan hermosos que la calandria creyó que ella misma nunca había entendido el monte hasta aquel momento...»

Esto es lo que decíamos: los pájaros, aun cuando vivían en el mismo sitio, no habían entendido su realidad cotidiana hasta que fue pronunciado por el lenguaje del arte. Sin embargo no todos pudieron dar al canto del zorzal su verdadero valor. La fábula continúa:

«Y entonces un gorrión superficial que no entendía de música, exclamó bruscamente:

-Qué feo queda. Cuando hincha la garganta parece un sapo.

Y la calandria, el jilguero, el tordo, el cardenal y el boyero, que entendían de música, arrobados en su admiración, no dijeron nada.

El zorzalito levantó el vuelo todo cortado, y se perdió a los lejos convencido de haber hecho un papelón. Y desde aquel día ya no cantó más.

¹⁰ LEONARDO CASTELLANI, *Camperas*, Thau, Buenos Aires 1984.

Porque cuando el corazón le pedía canto, le venía a mientes la imagen de la garganta del sapo y el alma se le caía a los pies, amargada para siempre por aquella primera y repentina desilusión...»

Y cierra Castellani con la advertencia, O mythos légei: «Los que entienden, que alaben a los que valen, no sea que vengan los que no valen y se hagan dueños del mundo».

Es clarísimo el mensaje. Y cuán calladas están hoy las voces de los grandes poetas y artistas, rodeados como estamos de gorriones superficiales que se han adueñado de las cátedras, las aulas, las secciones literarias de los diarios, las editoriales, en fin, los espacios desde donde se puede y se debe señalar al artista verdadero, al artista que vale. La mayor censura de las voces auténticas es la voz de la ignorancia. Por eso, junto al poeta cuya misión es nombrar, está la función de la educación, cuya misión es señalar. El mismo Castellani, en su libro *San Agustín y nosotros*¹¹, reflexiona al respecto: «Los libros duran más que los hombres, pero no son, propiamente hablando, eternos. Arrebatados por la corriente ineluctable del Tiempo, que nuestros días parece precipitarse más vertiginosamente, los libros también pasan –aunque cuando son grandes, no pasan nunca del todo. Es leído hoy por una minoría; pero eso no es despreciable. Los grandes libros antiguos sobreviven realmente en el corazón de una minoría. Que esa minoría exista y que se amplíe lo más posible, es uno de los fines de la educación universitaria». Hasta aquí Castellani, pero podemos agregar: y de la educación en humanidades. Hacer llegar al mayor público posible las grandes voces de los poetas antiguos pero también de los que surgen a lo largo de la historia de los hombres, debe ser nuestra preocupación como docentes de instituciones humanistas, para que el hombre común pueda recibir del poeta una voz que le muestre el verdadero Logos, aquel Logos por Quien fueron hechas todas las cosas.

¹¹ LEONARDO CASTELLANI, *San Agustín y nosotros*, Jauja, Mendoza 2000, 32.